

tenía hijos, y había cobrado mucha afición á los de su hermano, especialmente al menor, á quien tenía siempre sentado en las rodillas, y con el cual pasaba muy buenos ratos; oprimiósele el corazón á la idea de tener que separarse de su hijo adoptivo, y cómo amaba entrañablemente á su hermano, no quiso dejarle reducido á sus propias fuerzas para sustentar su numerosa prole, rechazando por consiguiente las instigaciones de su mujer; pero desde entonces cesaron de comer juntos, y Pascual hizo tapiar la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de José con la suya.

Inquieta estaba la mujer de Pascual la noche en que Juan Oullier fué llevado preso por la columna de Montaigu. Su esposo había salido á cosa de las cuatro de la tarde, esto es, á la misma hora en que la partida emprendía la marcha, diciendo que tenía que tratar un asunto con Courtin, alcalde de la Logerie, y á pesar de haber dado ya las ocho, Pascual no parecía. Su inquietud se convirtió en angustia cuando oyó resonar á trescientos pasos de la casa los repetidos tiros disparados á orillas del Boulogne. La pobre mujer aguardaba á su marido llena de ansiedad y de cuando en cuando dejaba el torno para ir á escuchar á la puerta. Habiendo cesado las detonaciones, no oyó más que el rumor del viento que agitaba la copa de los árboles, ó el aullido de un perro que á lo lejos arrojaba tristes plañidos.

A los primeros tiros, Perico, el niño que tanto amaba Pascual, acudió á preguntar si había vuelto su tío; pero no bien asomó á la puerta su rostro gracioso y sonrosado, cuando su madre le llamó con aspereza, y el muchacho se marchó.

Hacia algunos días que José era más osado y provocativo que de costumbre, y aquella misma mañana antes de partir para la feria había tenido con su hermano un altercado que sin la calma de éste habría degenerado en riña. Por lo tanto la mujer de Pascual no se atrevió á participar á su cuñada los temores que le aquejaban. De improviso oyó un misterioso cuchicheo que partía del huertecito anexo á la cabaña, y levantóse con tanta precipitación que derribó el torno. Abrióse la puerta, y en el dintel apareció José Picaut.

## XXII

## CÓMO LLORÓ MARIANA PICAUT Á SU MARIDO

Asaltó á Mariana un terrible presentimiento al ver á su cuñado en ocasión tan impensada, y cayó muda y helada de espanto en la silla. José avanzó hacia ella con paso lento, sin proferir una palabra, mirándola de hito en hito, en tanto que Mariana le contemplaba fascinada como si hubiese tenido ante sus ojos una lúgubre aparición. Llegóse José á la chimenea, sentóse sin despegar los labios, y con el bastón removió el rescoldo. A la luz del hogar, pudo ver Mariana el trastornado semblante de su cuñado.

—¡José! exclamó la pobre mujer llena de zozobra; ¿qué tienes? contesta en nombre del cielo. —¿Quiénes son los azules que han venido á visitaros? —Nadie ha venido. ¿En dónde está tu hermano? ¿Le has visto? —¿Quién le ha hecho salir de casa? contestó José decidido al parecer á contestar con otras preguntas á las que se le dirigían. —Repito que nadie; ha salido á las cuatro de la tarde para pagar al alcalde de la Logerie el maíz que le compró para tí. —¿Al alcalde de la Logerie? repitió José frunciendo las cejas. ¡Buen pícaro! Esta mañana misma le decía yo á tu marido: Tú has renegado de tu Dios y tratas de tentarle; anda con cuidado. —¡José! ¿cómo te atreves á mezclar el santo nombre de Dios con esas palabras de odio contra un hermano que tanto os quiere á tí y á tus hijos, y que se quitaría el pan de la boca para dárselo á vosotros? Si por desgracia tenemos guerra civil, ¿por qué has de traerla al seno de nuestra familia? Guarda en buen hora tus opiniones, y déjale á él las suyas, sean cuales fueren, que al menos son inofensivas. Colgado de un clavo está su fusil desde largo tiempo, jamás se ha mezclado su nombre con los de los conspiradores, jamás ha turbado la tranquilidad de sus semejantes, en tanto que tú sales armado cada día, y de seis meses á esta parte, no cesas de proferir amenazas y vituperios contra los habi-

tantes de las poblaciones donde viven mis padres, y aún contra nosotros.—Más vale salir con el fusil y arrostrar las iras de los *azules*, que hacer villana traición á los que viven bajo el mismo techo que el delator, y servir de guía á los *azules* para que devasten nuestras campiñas y saqueen los castillos de los que han permanecido fieles á las creencias de sus mayores.—¿Quién ha guiado á los soldados?—Pascual.—¿Cuándo? ¿En dónde?—Esta noche; en el vado de Pontfarcy.—¡Dios piadoso! exclamó Mariana, ¡allí sonaron los tiros!

De repente su hosca mirada se detuvo en las manos de José, y exclamó horrorizada:

—¡Tus manos están manchadas de sangre! ¿qué sangre es esa, di, de quién es esa sangre?

El chuan trató de ocultar las manos; pero viendo que era inútil cobró audacia, y con semblante encendido contestó:

—Esta sangre es la de un hombre que ha sido traidor á su Dios, á su rey y á su patria; es la sangre de un hombre que no ignorando que los *azules* guillotinaron á su padre y mandaron á presidio á su hermano, ha servido sin vacilar á los crueles perseguidores de su familia.—¡Asesino! prorrumpió Mariana levantándose con ademán salvaje: ¡tú eres el matador de mi esposo! ¡tú el fratricida!—No, yo no le he muerto.—¡Mientes!—Te juro que no he sido yo.—Pues si eso juras, prométeme que me ayudarás á vengar su muerte.—¡Yo vengarle! repuso el vendeano con siniestro acento. ¡Jamás! Bien han hecho en matarle, y júrote por nuestro Señor Jesucristo que yo hubiera hecho otro tanto.—Repíteme lo que acabas de decir, replicó Mariana; creo haber oído mal.

El chuan repitió al pie de la letra sus palabras.

—¡Maldígate Dios como yo les maldigo! añadió Mariana extendiendo la mano con ademán imponente sobre la cabeza de su cuñado; ¡en vano intentas huir de este anatema, infame fratricida, Dios me ayudará á satisfacer mi venganza, y si él no me ayuda, yo la llevaré á cabo sin auxilio ajeno! ¿En dónde está? ¿Qué han hecho de su cadáver los asesinos? ¡Habla! Tú me lo devolverás, ¿no es cierto?—Cuando oí el estruendo de las detonaciones corrí al río y ví que todavía respiraba; mas al tratar de traerle aquí para restañar sus heridas ha espirado en mis brazos.—Y entonces lo has arrojado á una zanja como un perro, ¿no es verdad, Cain? ¡Y yo que no creía posible semejante crimen cuando leía la Biblia!

—No, contestó José, lo he dejado en el huerto.—¡Dios mío! exclamó la pobre mujer agitada por un temblor convulsivo; ven, José, ven pronto; quizás no ha muerto y logremos salvarle. Ven, José; si lo conseguimos te perdonaré tu alianza con los asesinos de tu hermano.

Dicho esto cogió el candil y precipitose á la puerta; pero José, que oía al propio tiempo aproximarse á la casa un ruido sordo y acompasado, muy parecido al de la marcha de una partida de tropa, siguió con los ojos á su cuñada, y en cuanto la luz que ésta llevaba dejó de iluminar la puerta de la choza, salió y, saltando el vallado que la separaba del campo, dirigióse hacia la frondosa y oscura selva de Machecul, que sólo distaba cincuenta pasos. En tanto la pobre Mariana corría desesperada por el huerto presa de un delirio que embargaba todas sus facultades embotadas por el dolor, y andaba de acá para allá levantando el candil é investigando la oscuridad, como convencida de que para encontrar el cadáver de su esposo sus ojos traspasarían el velo de las tinieblas. De repente al pasar por un sitio que había atravesado repetidas veces, tropezó, y tratando de apoyar las manos en el suelo para no caerse, encontró un cuerpo humano arrimado al valladar. Exhaló un grito terrible, arrojóse á él, abrazóle fuertemente, y alzándole en brazos como si hubiese sido un niño, lo llevó á la cabaña y púsole en la cama.

A pesar de la desunión que existía entre las dos familias, la mujer de José no pudo menos de acudir á la habitación de su cuñada, y cayó de hinojos sollozando junto á la cama de Pascual. Mariana había dejado la luz en el huerto; tomó la que acababa de traer su cuñada, la pasó ante el rostro de su marido que tenía aun los ojos y la boca abiertos, y púsole la mano sobre el corazón. El corazón de Pascual había dejado de latir. Entonces volviése á su cuñada que lloraba junto al lecho, é incandescentes los ojos como los tizones del hogar, extendida la mano sobre el cuerpo del difunto, exclamó con acento solemne:

—¡Hé aquí lo que han hecho de mi marido los chuanes; hé aquí lo que ha hecho tu esposo de su hermano! Juro por sus restos inanimados perseguir sin tregua ni descanso á sus asesinos hasta que hayan expiado el crimen con su sangre.—Y yo, buena mujer, os prometo que no tardaréis en ser vengada, ó perderé el nombre que llevo, respondíó detrás de ellas una voz robusta.

Volvieron ambas mujeres la cabeza y vieron á un oficial embozado que acababa de entrar en la choza sin ser oído, gracias á la agitación de ánimo de las que en ella se encontraban; junto á la puerta veíanse relucir las bayonetas y oíase el relincho de los caballos que aspiraban con la brisa el olor de la sangre.

—¿Quién sois? preguntó Mariana.—Un viejo soldado como vuestro esposo, un hombre que ha visto bastantes campos de batalla para tener el derecho de deciros que no se debe llorar sobre el cadáver de los que como él murieron por la patria, sino vengarlos.—Yo no lloro, caballero, contestó Mariana irguiéndose y sacudiendo su suelta cabellera. ¿Quién os trae aquí al mismo tiempo que la muerte?—Vuestro esposo debía ser nuestro guía en una expedición muy importante para el bien de nuestro desventurado país, la cual quizás puede evitar que lo rieguen raudales de sangre humana. Decid, ¿podrías proporcionarnos algún sugeto para reemplazarle?

Mariana le miró y díjole con entereza:—

—¿Debéis encontrar algún chuán por el camino?—No lo extrañaría.—Pues yo os guiaré, contestó la viuda descolgando el fusil de su esposo. ¿Adónde queréis dirigiros? Yo os llevaré á donde os plazca; me pagaréis con cartuchos.—Al castillo de Souday.—Vamos allá; yo sé el camino.

Y dirigiendo la viuda una postrera mirada al cadáver de su esposo, salió seguida del general. La mujer de José se quedó orando junto al cadáver de su cuñado.

## XXIII

### METAMÓRFOSIS DEL AMOR

Hemos dejado al barón Michel próximo á adoptar una resolución heroica; pero al tratar de ponerla por obra oyó pasos en el corredor. Tendióse en el lecho, escuchó atento y notó que no se detenían á la puerta de su habitación; entonces volvió á abrir los ojos, y sentado en la cama púsose á reflexionar.

Una de dos, ó tenía que resignarse á olvidar completamente á Mary, ó á romper con su madre, renunciar al elevado destino que esta llevada de su ambición le preparaba y que la monarquía de julio no dejaría de realizar, y lanzarse á una serie de peligrosas aventuras arrojando en pos de ellas el destierro, la confiscación y tal vez la muerte. Cruel era la alternativa; mas el generoso mancebo no vaciló ni un instante: llevado de la obstinación propia de todos los caracteres apocados, creyóse en el deber de advertir al conde de Bonneville los peligros que corrían él y la persona que viajaba en su compañía; reprochóse el haber demorado tanto este aviso, y después de reflexionar durante algunos segundos, levantóse resuelto.

A pesar de las precauciones de su madre, el baroncito había leído muchas novelas y sabía cuán útil puede ser en determinados casos un par de sábanas; aunque desgraciadamente la ventana de su cuarto estaba encima de la de la repostería, y desde esta le verían suspendido entre cielo y tierra al terminar el descenso, á pesar de que comenzaba á anochecer. Además el baroncito temía una caída, y era tal la altura, que no obstante su resolución de conquistar á todo trance el corazón de su amada, sintió correr por su cuerpo un sudor helado á la idea de hallarse suspendido por tan frágil lazo sobre semejante abismo.

Frente á las ventanas había un corpulento chopo del Canadá cuyas ramas se extendían hasta cuatro ó cinco pies del balcón, y bien que Michel no fuese muy experto en los ejercicios corporales, parecióle fácil tarea la de descender por su tronco; pero para ello era necesario asir de antemano las ramas, y el mancebo no osaba intentarlo, pues no confiaba mucho en la elasticidad de sus músculos. La necesidad es madre de la industria: huroneando el baroncito por el aposento, encontró unos avíos completos de pesca con los cuales en otro tiempo había hecho cruda guerra á las carpas y los gobios del lago de Grandlieu, inocente pasatiempo que su madre á pesar de su severidad no juzgó oportuno vedarle; cogió una caña de pescar y le puso un anzuelo; luego ató un candelero á la punta de una sábana, pues como necesitaba un objeto de cierto peso, lo primero que le vino á mano fué el candelero; echólo de modo que cayese al otro lado de una gruesa rama del árbol, y en seguida, habiendo cogido con el anzuelo la punta flotante, sujetóla fuertemente con la